

Dora Elvira García (coordinadora), *Trascender la violencia: crítica y propuestas interdisciplinarias para construir la paz*, Editorial Porrúa, 2014, 350 pp., México

Daniela Cerva Cerna*

Sin lugar a dudas, el tema que aborda este libro resulta una cuestión central hoy en México, no solo por los datos cuantitativos acerca del incremento en el número de asesinatos, desaparecidos y víctimas de la guerra contra el crimen organizado que se desató desde el 2006 en el país. Es evidente la urgencia que desde las ciencias sociales se establece por analizar desde una mirada multidisciplinaria un fenómeno que ha trastocado la sociabilidad de toda una nación y que traspasó las fronteras con la desaparición de los 43 estudiantes de una escuela rural en Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, el 27 de septiembre de 2014; hecho que hasta hoy no se esclarece.

Como se enuncia en la introducción, esta obra se erige con el propósito de generar, desde diversas perspectivas (ética, filosofía política, humanidades), una reflexión que apunte a brindar “soluciones” frente a los fenómenos de violencia. Debido a la cantidad de artículos contenidos en el libro, me surgieron algunas posibilidades de cómo abordar, de manera clara y ordenada, una exposición de las distintas contribuciones, de tal suerte que resultase una síntesis lo más fiel a las reflexiones que el libro contiene.

Claramente el prólogo y la introducción son siempre de gran ayuda, pues son un intento por introducir al lector o lectora a un campo de conocimiento y reflexión que, si bien se asienta en el libro en su contenido, va más allá de él, ya que supone varios encuentros, debates, diálogos y reflexiones personales y colectivas que no siempre se ven reflejadas en la escritura.

A medida que fui avanzando en la lectura y me vi enfrentada al conjunto de los trabajos aquí expuestos, mi sorpresa y preocupación respecto de cómo podía hacer esta síntesis iba creciendo, y tal vez esto se justifica por la naturaleza propia de esta obra que, buscando integrar múltiples miradas relativas al fenómeno de la violencia, hace de la tarea de quien reseña el libro toda una odisea. Es por ello que la lectura de este libro es un desafío no solo por las múltiples orientaciones disciplinarias que se reflejan en los trabajos aquí contenidos, sino que por el propio abordaje del tema que de él hacen sus autores.

Opté porque el hilo conductor de mi exposición sea el título del libro, como una suerte de presagio de si los temas que podía encontrar en él se reflejaban en este enunciado y de analizar si las distintas narraciones se ajustaban a esta promesa: cómo trascender la violencia y sobre la base de qué propuestas podía establecerse la paz.

* Socióloga. Máster en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), México. Doctora en Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Egresada de la estancia posdoctoral del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias CRIM-UNAM. Actualmente es profesora investigadora de tiempo completo en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

La primera interrogante que me hago, a propósito del título del libro, es si el proceso de trascender la violencia solo es posible mediante el desarrollo de propuestas y críticas para construir la paz. Claramente en este punto emerge la figura y obra de Johan Galtung, que es la base de la mayoría de las reflexiones y el punto de partida para el desarrollo de los artículos propuestos. Su trabajo se constituye en un marco de análisis de los fenómenos y conflictos contemporáneos que tienen a la violencia como la principal problemática que afecta al orden social. El rechazo de la violencia irá, en este sentido, de la mano de la defensa de la paz en tanto objetivo teórico y práctico. Como sostiene la coordinadora de este libro, la propuesta es resolver los conflictos de manera justa y desarrollar organizaciones políticas y sociales que promuevan una convivencia pacífica. Con el prólogo la autora nos invita a que la utopía se transforme en realidad, es decir, pensar que es posible, y no solo necesario, encontrar estrategias y alternativas que presenten soluciones reales a situaciones destructivas para los seres humanos.

Y es aquí donde confieso que el libro me invitó a posicionarme entre dos puntos no necesariamente convergentes. Por una parte, su lectura y análisis me lleva a cuestionar y evaluar si la promesa como objetivo del libro se cumple, a partir de los artículos aquí incluidos. Por otro lado, pienso que esto no debería ser un tema relevante en sí mismo, ya que el libro es una contribución muy importante a la construcción de estos criterios, en la medida en que pone en escena un tema fundamental como es la violencia en todas sus manifestaciones, y con ello abre un debate necesario para las ciencias sociales y las humanidades. Es decir, más allá de si los trabajos realmente están dirigidos al desarrollo de propuestas específicas para la paz, la discusión en sí misma es de gran valor.

Ahora bien, debo confesar que mi lectura y por tanto la reflexión que ahora comparto con ustedes se encuentra más próxima al primer lugar, es decir, no dejo de preguntarme si los artículos cumplen con la promesa del título de la obra. Tal vez un prólogo menos entusiasta, que nos anunciara que las reflexiones filosóficas, antropológicas, sociales, de género y literarias estarían orientadas hacia la construcción de caminos para la paz, hubiese bastado para no generar en el lector esa necesidad de encontrar propuestas específicas en este sentido. Lo que sí encuentro de manera clara y continua en este libro es varios análisis, la mayoría muy bien justificados y desarrollados, acerca del fenómeno de la violencia.

En este punto es donde emerge la postura ética en el trabajo de Dora García, quien argumenta que la paz, como principio, está en el reino de los fines y que su puesta en marcha significa imaginar nuevas realidades como un proceso abierto, en donde se pone el acento en la capacidad de los actores, por medio de sus acciones políticas, de transformar su realidad compleja y desgastada.

Dada mi formación –o deformación sociológica–, este enunciado abrió algunas expectativas relativas a la posibilidad de encontrar trabajos que abordaran la agencia de los sujetos como camino para la transformación del orden social. Me sedujo pensar que la noción de paz podía servir como modelo de resistencia individual y colectiva que hablase de nuevas experiencias y prácticas que ponen de relieve la capacidad de los actores de luchar y transformar el estado de cosas. Es decir, proponer nuevas formas de convivencia pacífica.

Paradójicamente, esta línea de reflexión la pude encontrar en algunos de los trabajos que conforman la segunda parte del libro. Quedé gratamente sorprendida con la lectura del trabajo de Margo Echenberg e Inés Sáenz Navarrete, en donde se expone cómo el análisis de los textos literarios es una herramienta fundamental para comprender, por medio de la narración que mezcla sucesos reales y ficticios, la emergencia de sujetos en resistencia. Es decir, utilizando las herramientas literarias los personajes evocados se constituyen en agentes críticos y por tanto transformadores de un orden social violento e injusto.

Pero vuelvo a la presentación ordenada del texto. El capítulo desarrollado por Dora García se erige como el marco teórico, diría yo, del libro en su conjunto. Sus argumentos se construyen con el objetivo de discutir la necesidad de superar la violencia y sobre todo la concepción –con un dejo bastante ideológico– de que la violencia sería un estado inamovible al ser parte consustancial del ser humano. Su propuesta apela a la imaginación ética como una forma de pensar en un futuro que no niegue la violencia, sino más bien defienda la capacidad de construir formas de resolución de conflictos sustentadas en el respeto por la dignidad humana. Aun cuando retoma varias corrientes filosóficas y teóricas para su propuesta, la obra de Galtung sigue siendo el eje rector; y en este sentido me pregunto, ¿será posible y necesario también hacer un esfuerzo de deconstrucción de la obra de este autor? A mi juicio, creo que hubiese sido interesante poner a debatir a distintos autores, a distintas propuestas, sobre una filosofía de la paz. Pero sin duda lo que es importante destacar es la idea de la imaginación ética como una propuesta muy interesante, pero que es preciso que no sea trabajada en abstracto; la imaginación está situada en cuerpos, en mentes, con una historia, con identidades múltiples y contingentes, con experiencias de vida que pueden tener incluso a distintas interpretaciones de cómo imaginar la no violencia. Las imágenes de reconstrucción, de reconciliación y de resolución también son ideas dadas porque son pensadas desde un lugar de significados y significantes.

En el trabajo de Miguel Ángel Martínez se discute la posibilidad del cansancio de la efectividad discursiva de los derechos humanos como saturación ante las crueldades cotidianas que devienen en una anestesia, en una suerte de límite a la capacidad de sorpresa e indignación, que aun cuando el autor sitúa en el discurso de los derechos humanos, creo que esto es mucho más significativo en torno a un análisis de las imágenes sobre la violencia que Sofía Reding nos invita a analizar. A base de las configuraciones sociales que hacen de la violencia, directa o simbólica, parte de un orden social en donde violencia y poder son un binomio, la autora explica cómo la violencia es en muchos casos el origen de los actos destructivos y del control social. En su ensayo se vislumbra una aproximación muy bien sustentada sobre el carácter de la violencia en tanto objetivo social y cultural.

Por su parte, Francisco Díaz nos presenta un artículo que considero más próximo a la promesa del título del libro, sin que ello aparezca de manera explícita, al destacar a la experiencia como mediación epistemológica que nos enseña cómo es posible y necesario llegar a los actores en tanto víctimas, con una experiencia vital que debe ser objeto de política, porque esa misma experiencia es política al darse en un contexto en que el pacto social entre el Estado y los ciudadanos ha sido roto.

Sigue el artículo de María Eugenia Borsani, obra magistral que considero debe ser parte de cualquier programa de formación académica que trabaje con los procesos de colonización y descolonización como acción política. Su trabajo revisa los procesos de institucionalización e internalización de la violencia, les da lugar y tiempo, y con ello intenta responder a la pregunta génesis de este libro: ¿es posible trascender a la violencia? Esta es una reflexión muy pertinente por su carácter político, es decir, constatar que estamos anclados sobre Estados violentos que se fundan en esta lógica de dominación. Este patrón aún opera el día de hoy, pese a las profundas transformaciones políticas y sociales. Las narrativas instituyentes del orden social siguen funcionando de ese modo, y con el ejemplo de la dimensión racial vemos cómo se articulan nuevas formas de colonialidad que son funcionales al orden social capitalista.

En la segunda parte del libro queda el trabajo personal de el o la lectora de hacer el esfuerzo de integración de los capítulos que siguen, en donde es la perspectiva de género, como una categoría explicativa de la desigualdad social, el eje del debate. A ello nos invita el trabajo de Cristina de la Cruz, quien revisa desde la propuesta teórica feminista las formas de violencia económica hacia las mujeres. El texto es sumamente interesante porque va más allá de una descripción de la violencia económica; su apuesta es documentar estrategias de empoderamiento de las mujeres y con ello nos introduce a la problemática de la acción colectiva. Y aun cuando esta conceptualización se desarrolla sin un énfasis explícito hacia el discurso por la paz, la utilización de teorías críticas como es la feminista, con objetivos emancipadores y de justicia social, es un gran aporte al debate. Así lo plantea la autora:

“... más allá de toda consideración moral sobre los mercados, lo que las economías feministas plantean es una crítica a entender ese mercado dentro de un sistema económico autosuficiente e ilimitado que se rige bajo la lógica de la acumulación. Frente a ello proponen una lógica social alternativa que no vincule de manera automática la satisfacción de necesidades con el lucro y la rentabilidad y que pone el acento en la idea de la sostenibilidad de la vida” (p. 109).

En la misma línea, el capítulo de Alethia Fernández nos ilustra sobre la forma en que el género influye en los métodos, conceptos, teorías y estructuras científicas, poniendo en tela de juicio la objetividad de la investigación como un objetivo central de la teoría crítica feminista. Esta crítica se sostiene sobre la base del trabajo que la autora hace de los aportes de Donna Haraway con su propuesta de la teoría del conocimiento situado. Pese a lo bien armado de este capítulo, y volviendo a mi premisa inicial de la necesidad de encontrar un hilo conductor que se centrara en propuestas para la paz, este capítulo no avanza más allá en términos propositivos. Lo mismo puede decirse del capítulo desarrollado por María Ileana García, que aun así es una muy buena síntesis y análisis del proceso político e institucional que hace que la violencia contra las mujeres ingrese como un problema público en la esfera legal y de política pública.

Entrando a la segunda parte del libro, destaco el trabajo de Fernando Montiel. Haciendo un análisis discursivo de las imágenes intenta responder a las representaciones que existen sobre la paz. Su reflexión es muy significativa, ya que pone de relieve todo aquello que

constituye el lenguaje no escrito y que influye profundamente en las representaciones del mundo y en específico de la violencia y la paz.

De los artículos de Margo Echenberg e Inés Sáenz destaco su lectura fluida, que me transportó a una lectura de la lectura (como observación de segundo orden) que invita no solo a leer los textos analizados, sino que a releer su análisis una vez hecha esta tarea. De estos artículos me llevo muchos aprendizajes de la importancia de la literatura y de los sujetos que escriben, de su historia como denuncia política mediante la narración.

Con el trabajo de Erika Salas me sentí interpelada como politóloga al ser la temática que aborda la autora la construcción de la ciudadanía, uno de los principales ejes desde donde la ciencia política explica la relación de los sujetos con el Estado. Me congratulo con la apuesta de articulación conceptual y teórica que se intenta en este capítulo, vinculando las nociones de violencia estructural de Galtung, la ciudadanía social y el bienestar. Sin embargo lejos estoy de aceptar sus conclusiones en la medida en que las variables no son comparables entre sí. Tal vez si se hubiese optado por el enfoque de la interseccionalidad, el esfuerzo de aplicación empírica de los conceptos aludidos hubiese dado otros resultados.

Por su parte, en el capítulo sobre el costo de la violencia desarrollado por Montserrat González se aborda un aspecto muy interesante que refiere a las relaciones entre desarrollo social y violencia, incluyendo cifras y datos muy actuales con el objetivo de destacar el concepto de poder en la decisión sobre la distribución de los recursos como una variable significativa para la explicación de la etiología del fenómeno. Tal vez en futuras reflexiones podría ser pertinente incluir la complejidad que significa la concentración del ingreso dentro de los países y entre los países como relaciones desiguales y por tanto variable explicativa de las condiciones de desigualdad e inequidad estructural.

El trabajo sobre violencia en los cuerpos de Ana Zagari nos invita a mirar el fenómeno de la violencia desde la premisa histórica-filosófica del “no matarás”, cuyo abordaje entrecruza el despliegue de la ley simbólica por la ley positiva.

Con el capítulo de Alfredo García y Liliana Correa nuevamente el libro nos invita a reflexionar sobre las condiciones de género como una variable explicativa de la desigualdad social, a partir de la relación entre cosificación de las mujeres y explotación sexual en un orden en donde el capitalismo y el patriarcado como sistema de dominación encuentran una alianza eficaz para mantener y legitimar situaciones en donde las mujeres son consideradas en una dimensión objetual:

“la trata de personas y particularmente la que tiene fines de explotación sexual se presenta como uno de los ejemplos más extremos de cómo el desarrollo del capital comercial es una especie de centro de atracción que convierte progresivamente en mercancía todo aquello que queda en su radio de influencia, aun cuando esto suponga el atropello concreto de los cuerpos y mentes de las personas” (p. 272).

La reflexión sobre acoso laboral desarrollada por Francisco Palomino nos adentra en un campo muy poco abordado desde un enfoque de género y derechos humanos que vaya más

allá del aspecto de la relación trabajador-patrón. Me refiero a las organizaciones como un campo en donde lo social también se manifiesta y reproduce prácticas de discriminación. El autor plantea propuestas muy interesantes que es preciso retomar como política pública.

El trabajo de Marta Vicente aborda críticamente la violencia ejercida por las estructuras sociales que imponen una relación desigual mediante el mercado, en el caso específico de la problemática que se vive en la región cafetalera de Chiapas. Este es un análisis muy interesante que incluye la relación inclusión-exclusión tomando en cuenta una comunidad indígena.

Para finalizar el libro se presenta el trabajo de Carla González, Patrick Gleason y Rodrigo Hidalgo, que aborda el acoso escolar a partir de un trabajo específico de revisión de un programa educativo asociado al deporte.

Para concluir, y en cuanto a mi reflexión sobre los aportes de este libro, creo que hay que verlo en un contexto más amplio como una primera iniciativa que requiere de una segunda parte en donde podamos vincular el abordaje teórico con la presentación de estrategias de intervención que tengan a las políticas públicas como su objetivo central.

Recibida: 16-06-2015

Aceptada: 30-06-2015